

CAPÍTULO 1



—¿Qué, chicos? ¿Cómo ha ido el primer día de colegio?

Las ventanillas están empañadas, y Alix usa su puño para frotar el cristal. Fuera, el día es gris, como todos los que suponen la vuelta a las clases.

—Hace tres años que voy a ese colegio, papa.

—Ya lo sé, Quentin, le preguntaba a los gemelos. Alix, Théo, ¿cómo os ha ido a vosotros?

Los suspiros llenan el coche. En los asientos traseros, los tres chicos saben que no pueden escapar del interro-

gatorio anual de su padre, Héctor, que siente una pasión voraz por la política local y quiere saber la opinión de sus hijos sobre los flamantes nuevos anexos del colegio.

—¿Quieres una impresión objetiva?

Héctor observa a sus hijos, apretujados en el asiento, a través de sus gafas bifocales. Los gemelos tienen un aspecto huraño, pero su hermano mayor, situado en medio, sonríe burlón.

—Papá, ya sabemos que quieres que hablemos de los edificios nuevos, pero eso no nos interesa. Mejor hablemos de que Alix está enfurruñada porque tiene la misma clase que Théo.

—¡No estoy enfurruñada! -protesta la interesada.

—¿No te alegra estar en la misma clase que tu hermano? —pregunta su padre.

—No es eso y no estoy enfurruñada —replica ella, cruzándose de brazos.

—Théo, ¿puedes explicarme qué está pasando?

El rollizo joven parece claramente incómodo. Sus ojos, ya de por sí redondos, se abren como platos:

—Er... bueno...

—¡Laura! —le interrumpe una furiosa Alix.

—¿Qué... qué Laura?

—¡Laura Astrusif, mi enemiga jurada!

—¿Astrusif? ¿La hija de la alcaldesa es tu enemiga jurada? —pregunta su padre, enarcando las cejas.

—Sea o no sea hija de la alcaldesa, es una engreída. Siempre en primera línea, nunca una palabra más alta que la otra... Es la niña mimada de los profesores —sentencia Alix, asqueada.

—Alix la detesta por una tontería que pasó el año pasado —apunta Quentin con voz socarrona.

El adolescente de 15 años, peinado como un jugador de fútbol, se siente muy orgulloso de sí mismo. Su juego preferido es enfadar a su hermana, y sabe que la historia que va a contar le hará saltar en cero coma. Bajo la mirada inquisitiva de su padre, Quentin prosigue su narración:

—Una preciosa tarde de primavera, nuestra querida Laura tuvo una repentina inspiración. Convencida de su

papel de benefactora de la clase de sexto de primaria, fue a informar a la profesora de que Alix se había llevado un yoyó al recreo. Al estar prohibido tal juguete, la profesora se vio obligado a confiscar dicho objeto. Y Alix, llena de desesperación...

—¡Nunca pude recuperar mi yoyó!

—...¡lloró delante de toda la clase! —remata Quentin, estallando en carcajadas.

Alix gira la cara hacia la ventanilla con las mejillas enrojecidas.

—Ya no eres mi hermano.

—Vamos, Lala, vamos —interviene Héctor—. No es tan grave.

Alix fulmina a su padre con la mirada, detesta ese apodo infantil. Si hasta su padre se mete con ella... Decidido, no dirá una sola palabra más. Así aprenderán.

—Suele pasar que alguien de tu misma clase no te caiga bien, pero estoy seguro de que acabaréis por entenderos.

Ante la nula reacción de su hija, prosigue—:

—Pero ¿qué me decís del colegio? ¿De estar entre los mayores? ¿Habéis hecho la gira por los locales?

Théo lanza una mirada suplicante a su hermana, que le da obstinadamente la espalda, así que toma la palabra:

—Sí, esta mañana. Empezamos por el edificio A, que tiene el comedor, la administración, la sala de profesores y la biblioteca en la planta baja.

—¡Ah! —exclama su padre muy serio—. El edificio antiguo, ¿no?

—Sí, el de ladrillo rojo.

—Me alegra que lo hayan conservado —suspira el padre—. ¿Sabéis que entramados como el suyo sólo existen aquí, en Aimange? Nuestra amiga, la madre de Laura, su majestad Laurence Astrusif, era plenamente consciente de eso, pero no le importó un pimiento cuando planteó su proyecto de reestructuración del colegio. No entiendo que se pretenda que desaparezcan los vestigios de la historia para colocar en su lugar esas atroces construcciones modernas sin alma...

—Sí, papá, ya lo sabemos —lo interrumpe Quentin.

Los monólogos incendiarios de su padre, conservador del museo de la ciudad, eran a menudo motivo de diversión para la familia Fonstrant. Sólo Théo los escuchaba con pasión, y con una atención cortés por parte de su madre.

—Es verdad, yo me enfadé —sigue Théo—. Después visitamos la zona de ciencias, el edificio B.

—Ese nuevo edificio no está mal —comenta Quentin—. Hay más espacio que antes en las aulas y los laboratorios son nuevos.

—Mmpf —bufa Héctor.

—Lástima que esté maldito —añade el adolescente para picar a Théo.

—¿Qué?

Una de las grandes pasiones de Quentin era inventarse toda clase de historias para no dormir y asustar con ellas a su hermano, fácilmente impresionable.

—Dicen que hace mucho, en el sótano del edificio, una profesora loca de ciencias naturales realizó ciertos experimentos que afectaron a uno de sus alumnos. Desde entonces

ces, su criatura se oculta en los trasteros de las clases de ciencias y sólo sale para vagar por los pasillos y vengarse de los alumnos nuevos.

Ante la expresión aterrorizada de Théo, Quentin lo mira directamente a los ojos y le pregunta en voz baja:

—Tú eres uno de esos alumnos nuevos, ¿verdad?

—¡Ya basta, Quentin! Théo, no le hagas caso a tu hermano. ¿Por dónde íbamos?... Ah, sí, ¿qué habéis hecho por la tarde?

Después de tragar saliva con dificultad, Théo sigue hablando débilmente:

—Hemos ido a ver los edificios C y D, donde se encuentra el resto de las aulas y la sala de estudios. Hemos terminado visitando el gimnasio.

—El curso empieza mañana, ¿no?

—Sí, hoy nos han indicado cuáles eran nuestras clases, hemos elegido a los delegados provisionales, y nos han dado los horarios y los libros de...

—¿Quién es vuestro profesor principal? —le corta Quentin.

—Er... no me acuerdo de su nombre. Es una vieja rubia, con el pelo despeinado, sujeto con una diadema, y lleva unas gafas rojas enormes. Creo que es profesora de Ciencias Naturales.

—Ah, sí. La srta. Chambellion, la loca.

—¡Quentin! ¿Qué te acabo de decir? Si tienes tantas ganas de hablar, cuéntame tu vuelta.

—¡Oh, como siempre! —contesta éste con aire desgastado—. Estoy en 3º E, y nos han presentado un nuevo bedel delante de todo el colegio, un tal Damien Muller, que nos ha dado nuestros números de taquilla. Nada extraordinario.

—¿También tenéis taquillas en 6º? —pregunta su padre.

—Sí. Es chulo tener una —responde Théo, con un poco más de aplomo—. Menos mal que me llevé un candado, así pude dejar en ella mis libros.

—Al menos pensaste en llevarte uno —interviene Quentin con una sonrisa malévola—. ¿Tú te olvidaste el tuyo, Lala?

Con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla trasera, Alix mantiene su promesa de no responder. Sólo desea llegar a casa para poder disfrutar de un poco de paz.



La familia prosigue su viaje en silencio. En el exterior del vehículo, bajo una fina lluvia, las fachadas ocres de los edificios se suceden una tras otra. El coche enfila la salida de la ciudad y toma un camino estrecho bordeado de densos matorrales. Tras un centenar de metros y algunos sobresaltos, frena ante un pórtico de madera virgen. Alix sale del



automóvil resoplando y cierra la puerta violentamente, para después abrir el pórtico y correr hacia la casa.

—¡Menudo huracán! —suspira su padre, sin perder la sonrisa.

Derrapando ruidosamente sobre la gravilla mojada que lleva hasta la casa, Alix enfile la escalinata, cruza la puerta de entrada como un tornado y asciende hasta el segundo piso, teniendo mucho cuidado de pisar con fuerza los escalones que la separan de su cuarto. Una vez cerrada la puerta y tirada su mochila al suelo, se tumba en su cama.

Los pensamientos se agolpan en su mente. También este año tendrá que cargar con esa plaga de Laura, que será todavía más insoportable que antes, ya que ha sido elegida delegada de clase hoy mismo. Sea de forma provisional o no, su aire de superioridad es permanente.

Sin olvidar que Théo está de nuevo en su misma clase y que volverá a tenerlo pegado a sus faldas. Adora a su hermano, por supuesto, pero es tan indeciso, tan perezoso y tan blando que la irrita soberanamente. Más todavía cuando siempre tiene que defenderlo de los demás y, por culpa de eso, se ha ganado reputación de entrometida entre los adultos. Cruza los dedos, esperando que esa fama no sea conocida entre los profesores del colegio.

Apenas ha abierto un libro para evadirse, cuando Théo entra en el dormitorio que comparten desde siempre. Una fina línea trazada con yeso en el suelo separa el espacio en dos. A la izquierda, el territorio de Théo está limpio y ordenado; a la derecha, el de su hermana es una leonera abrumadora. El chico empieza a ordenar sus cosas cuando una voz llega desde la escalera:

—¡Quentin, gemelos, bajad!



En el salón, los chicos encuentran a su padre llenando unas copas de champagne.

—¿Qué celebramos? —pregunta Théo.

—¡Ahora lo veréis, os va a encantar! —responde Héctor, alargándole un vaso de zumo de frutas—. No todos los días se recibe una noticia como ésta... ¿Todo el mundo está servido? Anne, ¿quieres decírselo tú?

El rostro de su madre resplandece de alegría.

—¡Hemos encontrado un inversor para renovar el ala antigua del museo!



—¿La que está abandonada?

—¡Exactamente! ¡En cuanto la renovemos, podremos ampliar el museo!

—La victoria sería completa si pudiéramos instalar en esa sala el tesoro de Aimange...

—¡Oh, querido, no hablemos de eso! ¡Celebremos hoy las buenas noticias! —dice Anne, alzando su copa.

—En cuanto hayamos iniciado los trámites... —añade Héctor, elevando la voz por encima del tintineo del brindis.

—¡Sólo falta la firma de la alcaldesa en el permiso de reformas y podremos empezar los trabajos!

La alegría de Anne y Héctor es contagiosa. Alix se relaja un poco y casi se olvida de que el verdadero comienzo del curso es al día siguiente.

CAPÍTULO 2

Bajo una fina lluvia que vela la silueta de los edificios, el coche se detiene frente a la verja de entrada al colegio. Los jóvenes Fonstrant descienden del vehículo y, tras agitar la mano para despedirse de su padre, Quentin se reúne con sus amigos, mientras que los gemelos se dirigen a sus taquillas.

—Espero que no repitas lo mismo que el año pasado —susurra Alix.

—¿Eh? ¿Repetir qué? —se sorprende su hermano.

—El seguirme a todos lados como un perrito.

Ofendido, Théo baja la cabeza y no responde nada. Recorren los pasillos repletos de alumnos hasta sus taquillas. Alix constata con alegría que la suya queda a su altura. La abre y coloca sus libros. Saca su candado y cierra la puerta con fuerza: ya es una verdadera veterana de Primaria. Se

apoya en la pared y mira a su alrededor, impregnándose del ambiente, dando rienda suelta a sus sueños. Este año, todo es posible. Este año, tanto sus padres como Quentin por fin la tomarán en serio. Este año...

Una voz átona reclama su atención.

—Alix...

—¿Qué pasa? ¿Te has olvidado algo en casa?

Sin una palabra, su gemelo le estira de la manga y la arrastra hasta su taquilla. “Mala suerte”, se dice la joven. La taquilla de Théo se encuentra en la fila más baja y su puerta está llena de grafitis.

—Mira, Alix...

—¿Qué pasa?

—¡Está vacía! —exclama Théo, abriendo la puerta—. ¡Me lo han robado todo!

—¿Estás seguro de que ésta es la tuya?

Alix está perpleja. Su hermano no es de los que suelen equivocarse.

—Claro que es la mía. Mira, el candado es el que yo puse, tiene mis iniciales... ¡y alguien lo ha roto! Y eso no es todo...

Con mano temblorosa, Théo le tiende un papel doblado en dos. Alix lo desdobla aprensiva y lee en voz alta las palabras escritas con una letra deslavazada.

—“¿Quieres recuperar tus cosas? Es muy fácil. Cumple una misión secreta para mí y te las devolveré. Si te niegas, o si le cuentas a alguien la misión, quemaré tus libros y me encargaré de que el colegio te considere responsable. Pronto tendrás noticias mías. C. el Temerario”.

Ella alza la vista con los ojos muy abiertos.

—Alix, ¿qué puedo hacer sin mis libros? —pregunta su gemelo con ojos llorosos— ¿No pensarás en cumplir esa misión?

—Théo, es tu taquilla y es tu problema. No hables en plural.

Ella no piensa verse involucrada otra vez en las historias de su hermano, eso lo tiene claro. Para ella, ese año marca un nuevo comienzo. Alix ya es mayor, Théo ya es mayor...

—Alix, por favor...

Ante la angustia de su hermano, a Alix se le rompe el corazón. Suspira y...

—Está bien, está bien... te ayudaré.

—Gracias, Al... ¡muchas gracias!

—Mmmf.

Théo se yergue aliviado.

—¿Qué hacemos? No quiero infringir las reglas, pero... ¿le enseñamos la nota a alguien?

—No podemos hacerlo. Si ese famoso Temerario se entera, quemará tus libros y hará que te culpen a ti...

El pasillo se vacía lentamente a su alrededor, mientras los alumnos se dirigen hacia sus respectivas clases. Entre ellos, Alix reconoce al bedel que les presentaron el día anterior. Presa de una repentina inspiración, lo llama para atraer su atención:

—¡Eh!

El bedel se detiene sorprendido y la mira de arriba abajo.

—Gritarle así a la gente es de mala educación...

—Perdone, es que no me acuerdo cómo se llama. Soy nueva y...

—Interrumpir a la gente también es de mala educación.

Mal comienzo.

—¿Cómo os llamáis? —pregunta el bedel con suavidad.

—Euh... Yo soy Alix, Alix Fontant, y éste es mi hermano Théo. Estamos en 6º D.

—Muy bien, Alix, Théo —repite fríamente—. Yo soy Damien Muller, vuestro bedel. A partir de ahora, dirigíos a mí con respeto ¿queda claro?

—Sí, señor —balbucea Théo, tragando saliva con dificultad.

—Bien. ¿Qué queréis?

—Mi hermano ha perdido sus libros.

—¿En un solo día?

—Er... sí, es muy despistado. ¿Podría conseguir unos nuevos?... Por favor —añade Alix rápidamente.



El bedel enarca las cejas y esboza una sonrisa burlona.

—No me creo ni una palabra de lo que dices.

La joven enrojece de rabia y abre la boca para responderle, pero el bedel sigue hablando:

—Lo sé todo sobre ti, Alix Fonstrant. Sé que eres una niña insolente y mentirosa. Tu reputación te precede.

Alix entorna los ojos, fulminándolo con la mirada. Théo se repliega sobre sí mismo. ¿Cómo puede el bedel nuevo saber nada sobre Alix? Busca a su alrededor una ayuda providencial y descubre que, semioculta tras una columna de taquillas, Laura observa la escena.

—Yo creo que eres tú la que ha perdido sus libros. Y me parece muy sucio acusar a otro de tu propia torpeza. En todo caso, el colegio no tiene por qué sufragar ese gasto. Tendrás que pedirle a tu vecino de pupitre que comparta su libro contigo. Id a vuestra clase, la campana está a punto de sonar.

Alix se coloca las correas de su mochila y da media vuelta sin decir una sola palabra. Théo balbucea un débil “Adiós, señor”, y se apresura tras su hermana bajo la mi-

rada satisfecha de Damien. Al pasar por delante de las últimas taquillas, se da cuenta de que Laura ya no está allí.



Cuando suena la campana que indica el comienzo de la clase, los gemelos llegan con el tiempo justo para deslizarse en ella. Alix se dirige directamente al fondo del aula, dejando que su hermano se las arregle solo. Ya ha tenido bastantes problemas por su culpa. Théo se apresura a sentarse en el pupitre más cercano. Comienza el curso e, inevitablemente, el profesor les pide que abran sus libros.

Desesperado, Théo se vuelve hacia su vecina, una chica de ojos claros y rostro alegre, y le pregunta discretamente:

—¿Podemos compartir el libro?

La joven lo mira divertida, y desliza su ejemplar hasta colocarlo entre los dos, garabateando en una esquina de su cuaderno: “¿Te has olvidado del tuyo?”. Viendo la expresión sombría de Théo, añade rápidamente: “Soy Charly. ¿Y tú?”. Théo se relaja un poco y le responde en su propio cuaderno.

La conversación escrita entre los dos es amena, tanto que, al terminar la clase, ambos salen juntos.



—Podrías venir a ver algún partido. Yo soy defensa, pero este año me gustaría convertirme en alero. ¿Haces deporte?

—¡Théo, espera!

El chico casi se había olvidado de la existencia de su hermana.

—Oh, perdona. Al, te presento a Charly. Charly, ella es mi hermana Alix.

—Hola, Alix.

Alix hace caso omiso del saludo y se dirige a su gemelo.

—Respecto a tus libros...

—Sí, ya lo he hablado con Charly, y a ella no le importa ponerse a mi lado en todas las asignaturas para que pueda seguirlas con ella. Mira, hasta me ha prestado un candado. Voy a colocarlo ahora mismo.

Mientras se encaminan hacia las taquillas, Alix habla discretamente con su hermano:

—¿No le habrás hablado de esa historia de la misión secreta, ¿verdad?

—No, no... —niega Théo, negando también con la cabeza.

Al abrir la puerta de su taquilla, lanza una exclamación de sorpresa.

—¿Qué?

—¡Otra nota!

—¿Otra qué? —pregunta Charly, perpleja.

Théo esconde el papel en su espalda y contesta apresuradamente:

—Nada, no he dicho nada.

—¿Me tomas por idiota? Venga, enséñamela. Puede que sea de la persona que te ha robado los libros...

Desvalido, Théo lanza una mirada interrogante a su hermana, que se encoge de hombros con aire resignado. Entonces, le alarga a Charly el primero de los mensajes y le explica toda la historia.

—¡Vaya, vaya! —exclama ella, desconcertada—. ¿Tenéis alguna idea de quién puede ser ese C. el Temerario?

—Ni la más mínima —responde Alix—. ¿Qué dice la nueva nota?

Théo desdobra el arrugado papel, en el que una escritura fina e inclinada ha sustituido a la emborronada del primer mensaje.

—¡Se diría que no la ha escrito la misma persona! Qué raro, ¿no? Dice : “Querido heredero de mi taquilla, te confío una misión de la máxima importancia. Debes encontrar y reunir siete objetos escondidos en el colegio. No temas, te guiaré en la búsqueda. Guarda lo que encuentres, así como mis mensajes y no le hables de esto a NADIE. El primer objeto está en el despacho de la srta. Cadour, y se trata de un objeto que no parece estar en el lugar que le corresponde. Es vital que llesves a cabo esta búsqueda. Cuento contigo, C. el Temerario”.

Los tres jóvenes se miran, atónitos.

—¡Esto se pone serio!

—“Herederero de mi taquilla”. ¿Eso quiere decir que mi taquilla era la de C. el Temerario? ¿También estudiaba en este colegio? —pregunta Théo, mirando a su alrededor, como si esperase ver al famoso Temerario.

—Me extrañaría, normalmente se tiene la misma taquilla de 6º a 3º... Ahora ya no debe seguir en el colegio.

—Creo que no tenemos elección. Tenemos que llevar a cabo esa misión —decreta Alix.

—Pero Alix, puede que eso esté prohibido —duda Théo—. Creía que no querías tener más problemas.

—Y si es peligroso, ¿qué hacemos?

—No tenemos elección. Si no jugamos, el ladrón volverá a visitar la taquilla de Théo, sin contar con que quemará sus libros... Tenemos que seguir sus instrucciones.

El trío se queda en silencio hasta que Alix añade, dirigiéndose a Charly:

—Sabes que no estás obligada a ayudarnos.

—No, no, me gustan los misterios —protesta ella—. De mayor me gustaría ser detective. O policía, como mi tío.

“¿No nos piensa dejar tranquilos?”, piensa Alix, centrando su atención en la joven antes de desviar su mirada hacia Théo.

—Está bien, está bien —se rinde—. Os sigo.



Una vez en clase, Charly pasa una nota a Alix y a Théo: “¿Quién es esa tal srta. Cadour?”. Pero los gemelos no tienen ni idea. Alix da media vuelta a la nota y escribe: “Este mediodía se lo preguntaremos a mi hermano. Ahora disimulad, será mejor que no atraigamos la atención de los profesores”.

Cuando por fin suena la campana indicando la pausa para el almuerzo, Alix se precipita al exterior con Théo y Charly pisándole los talones.

—Hay que encontrar a Quentin antes de que vaya a la cafetería —explica sobre la marcha.

Los otros dos la miran sin comprender:

—Cada curso tiene una sala particular —les explica—. Tenemos prohibido entrar en la suya.

Recorren a la carrera las decenas de metros que los separan del comedor. Bajo un pórtico, una fila de alumnos espera que abran el local. Alix repasa la fila con un rápido vistazo y cuando descubre a su hermano se lanza hacia él.

—Quentin, ¿sabes quién es la srta. Cadour?

El adolescente, rodeado de sus amigos, le dedica una mirada de superioridad.

—Vaya, pero si es mi querida Lala, seguida de su fiel escudero Théo... ¡y os habéis agenciado una compañera! Mamá estará orgullosa de vosotros.

Sus amigos estallan en carcajadas y la cara de Théo se vuelve tan roja como un tomate.

—No te creas tan gracioso, Quentin. ¿Sabes quién es la srta. Cadour o no?

—Eh, Lala, relájate.

—¡Deja de llamarme así!

—Si no bajas el tono, no pienso decirte nada. Además, ahora es mi turno de almorzar.

—Pero...

—Si te muestras más amable, Lala, hablaremos esta noche —insiste él, dejando el pórtico.

Alix se queda boquiabierto de cólera y se lanza tras él hecha una furia, seguida de Charly. Cuando Théo se dispone a cerrarles el paso, oye una voz tras él:

—Yo sé quién es la srta. Cadour, me lo ha dicho Damien.

El chico mira por encima de su hombro y se da cuenta con horror que esas palabras las ha pronunciado Laura. Es imprescindible que no se mezcle en su investigación o les hará la vida imposible. Así que acelera y franquea la puerta del comedor.



—¡Dínoslo de una vez, Quentin! ¡Nos tienes en vilo todo el día!

Los gemelos se plantan en la puerta del cuarto de su hermano mayor. El cuarto está patas arriba y desprende



olor a rancio. Quentin está echado sobre su cama, los ojos pegados a su móvil.

—Sí, me gusta.

—Haremos todo lo que quieras.

—¿De verdad?

Interesado por la propuesta, se levanta y da unos pasos hacia la ventana para mirar al exterior.

—Se acaba el verano. Las hojas de los árboles cambian de color y llueve con frecuencia, pero todavía quedan unos cuantos días buenos. ¿Sabéis lo que es característico de esta época del año?

Alix hace rodar sus ojos.

—No —responde Théo.

—La migración de las aves.

—¿Qué? —exclama Alix.

—Es algo bonito, me gusta —prosigue Quentin—. Me gusta mirar los pájaros de cerca. Y cuando se alejan, es precioso observar su majestuoso vuelo con unos prismáticos. ¡Qué lástima que no encuentre los míos!

—¿Quieres que los busquemos en tu cuarto? —pregunta Alix con repugnancia.

—Oh, no los tengo en mi cuarto, están en...

Théo se queda congelado, adivinando dónde quiere llegar su hermano.

—...en el desván.

Alix estudia a su gemelo de reojo. Está aterrorizado. Y tiene que reconocer que a ella tampoco le gusta la idea de explorar ese siniestro lugar.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Yo de vosotros iría enseguida, mientras aún es de día.

El desván no tiene luz, así que no pueden perder ni un solo segundo. Los gemelos se encaminan con presteza

hacia la trampilla del techo por la que se accede a él. Alix coloca la escalera y la apoya contra la pared, antes de hablar con Théo.

—Yo iré primero.

—Alix, no puedo hacerlo —anuncia Théo—. Ya sabes lo que dicen, que los fantasmas de los judíos que colgaron durante la Segunda Guerra Mundial siguen ahí dentro.

—Lo sé, Théo, pero sólo es una historia de las que cuenta papá. No hay pruebas de que...

—Alix, a veces por la noche se oyen susurros...

La joven se queda helada, también los ha escuchado. Sacude su cabeza para alejar ese terrible recuerdo e insiste:

—¿Quieres recuperar tus libros o no?

—Sí —responde con un hilo de voz.

—Entonces, es la única solución.

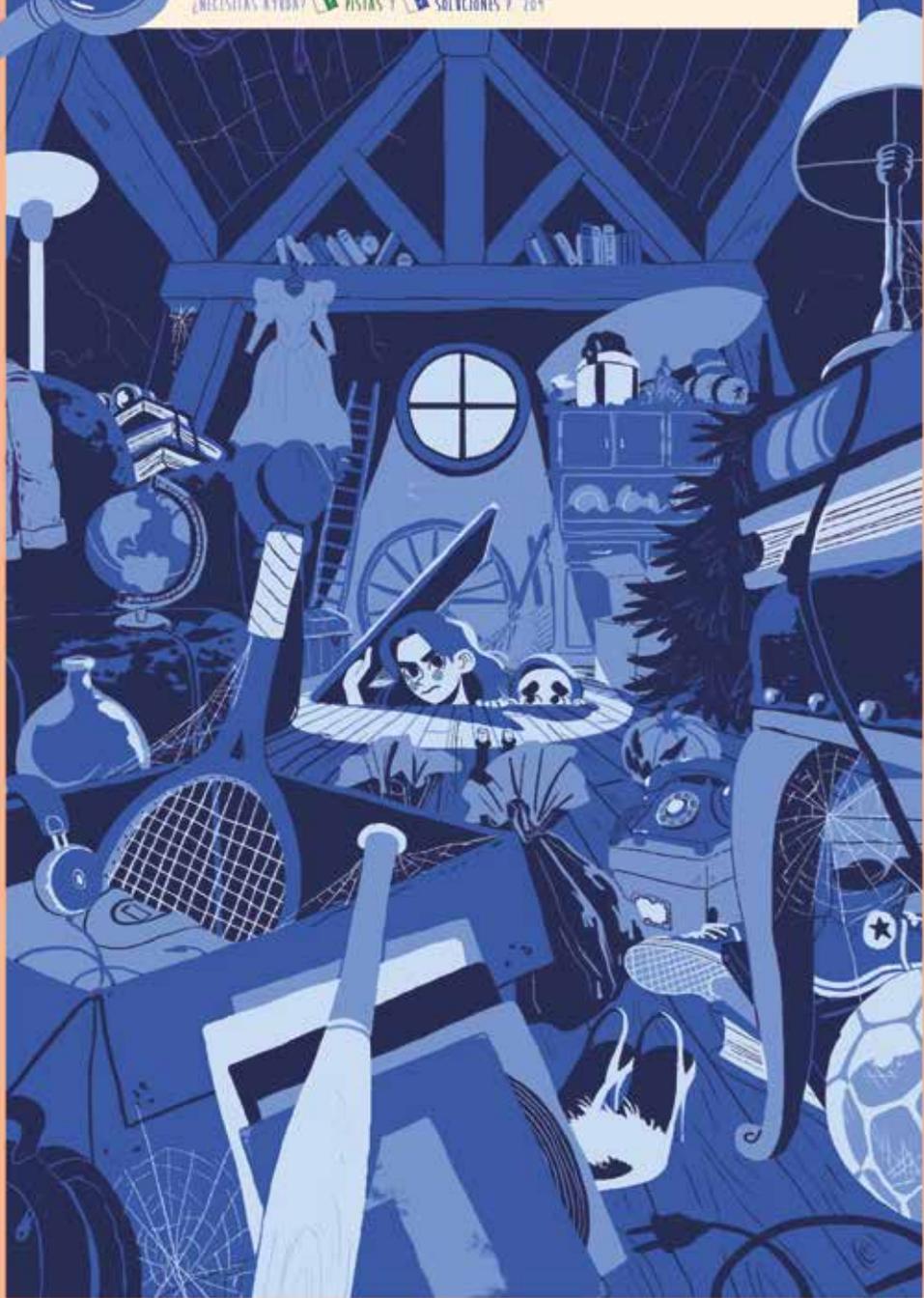
Sin añadir una sola palabra más, Alix sube la escalera y abre la trampilla.

Al salir del desván, donde no han encontrado ningún fantasma, los gemelos lanzan un profundo suspiro de alivio y entran triunfantes en el cuarto de Quentin.

JUEGO 1

Descubre dónde están los prismáticos de Quentin.

¿NECESITAS AYUDA?  PISTAS  SOLUCIONES P. 209



—¿Ya? —exclama éste.

—¡Dinos lo que queremos! —le urge Alix.

—Está bien... La srta. Cadour es una profe de Ciencias Naturales.

—¡Ah! —se alegra Alix.

—Su aula, la número B204 se encuentra... —Se gira hacia Théo con una sonrisa demoníaca y añade—: ...¡en el edificio de Ciencias!